

Su muerte, determinada por la crisis repentina de una prolongada dolencia, implica un nuevo desgarramiento del cuerpo de profesores de esta casa, en cuyas aulas practicó la enseñanza por corto tiempo en la medida de su reconocido talento.

Los viejos estudiantes de Letras—muchos de los cuales siguen la estela inextinguible y luminosa del maestro—y aquellos que sin serlo frecuentaban esta facultad, débennle un recuerdo de gratitud por sus consejos y un homenaje de veneración por sus virtudes.

Tributámosle el nuestro impregnado en las más íntimas y tiernas reminiscencias del corazón.

Dr. HÉCTOR TARRADELLAS

† Marzo de 1916

Con el fallecimiento del doctor H. Tarradellas, la juventud universitaria de Buenos Aires pierde uno de sus elementos más representativos, y esta Revista, a su director intelectual, a su alma misma, tanto se había conaturalizado él con su obra inteligente y fecunda. Porque Héctor Tarradellas era un estudioso y un trabajador infatigable. Nutría su espíritu, no solamente con el duro pan de la ciencia, sino también con múltiples estudios literarios y filosóficos. Sus amigos íntimos conocían su numerosa biblioteca, donde muchas veces le sorprendiese el alba estudiando y pensando. Hubiese podido escribir al frente de ella aquel consejo de Pasteur: «es en la paz de los laboratorios y de las bibliotecas donde se forman los espíritus del porvenir». Era más que una promesa entre los médicos de la nueva generación. Sus discípulos y maestros apreciaban su preparación médica, y, sobre todo, el entusiasmo y el desinterés con que ejercía su noble apostolado. Pero más que su inteligencia clara y despierta, más que su voluntad disciplinada y firme, era su bondad la que atraía todos los corazones: una bondad ilimitada por todos los dolores, para todos los errores, para todas las injusticias de la vida.

No era el médico frío y ceremonioso, que todo lo espera de su terapéutica racionalista; era el médico y el hombre confundidos en una misma obra de consuelo, en un alto sacerdocio de humanidad. Se ocupaba más de sus enfermos que de sí mismo, y junto a la medicina que alivia el dolor y defiende el organismo, ponía la dulce palabra del consuelo espiritual. Hasta el último momento mantuvo una admirable serenidad, hablando con sus maestros y amigos y despidiéndose de los suyos. El Círculo Médico Argentino y Centro Estudiantes de Medicina pierde uno de los obreros de su progreso. En esta Revista deja un vacío irreparable.

(De la «Revista del Centro Estudiantes de Medicina».)
